

# PEDRO MONSALVE

## MARTIR

## DE LA

## INDEPENDENCIA



Dr. HORACIO RODRIGUEZ PLATA

51 años - Socorro (Santander)

Abogado

Fue Secretario de Gobierno y de Educación del Departamento de Santander, Gobernador Encargado del mismo Departamento.

Miembro de Número y Ex-Presidente de la Academia Colombiana de Historia

Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid (España) y de varios países latinoamericanos.

Ex-Senador de la República.

Ex-Representante a la Cámara.

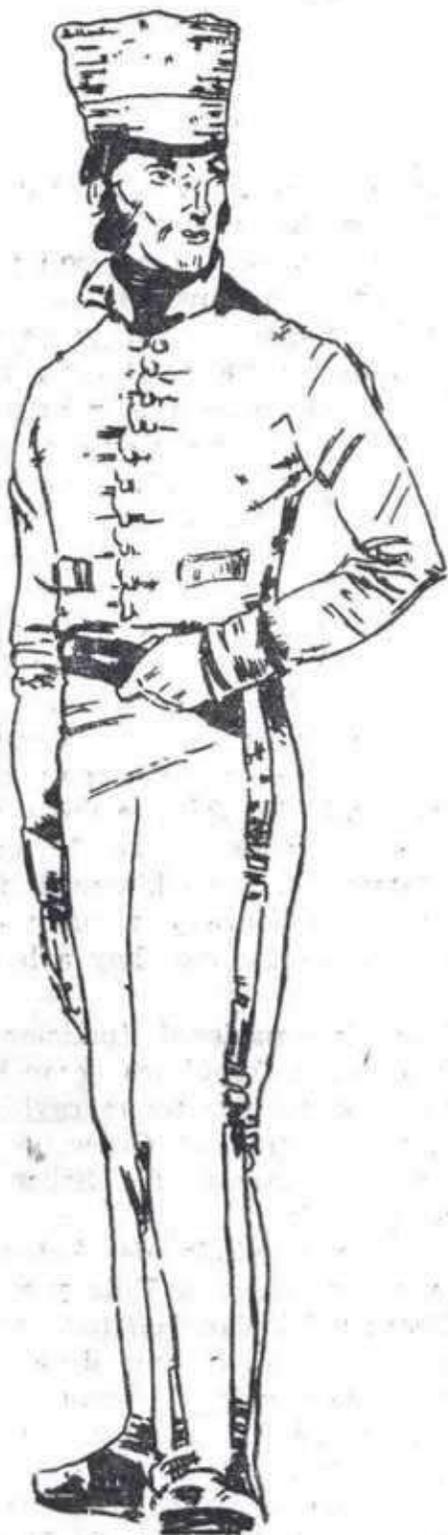
Autor de varias obras sobre temas históricos tales como "Andrés María Rosillo y Meruelo", "José María Obando, Intimo", "La Antigua Provincia del Socorro y la Independencia".

Profesor en las Facultades de Derecho y de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional.

El bronce recordatorio con el cual la Casa de la Cultura, de la ciudad del Socorro, ha querido perennizar a un mártir insigne, un eximio colombiano que a lo largo de su fecunda aunque corta existencia, representó con merecimientos máximos la rebeldía, el romanticismo y el amor a la justicia que han sido características esenciales de nuestro pueblo. Bien quisiera haber escrito para exaltarle debidamente un canto lírico que magnificara la figura prócer y apolínea del mártir, pero acaso mejor será decir algo de lo mucho que la patria debe al ínclito socorrano cuya memoria nos despierta acendrada y orgullosa gratitud. De ahí que me ocupe, así sea brevemente, en lo que pudiera llamarse mínima biografía del hombre que nos honra y a quien en correspondencia aspiramos hoy a honrar.

En el archivo nacional (peticiones y solicitudes de la República, tomo IV folio 200), se encuentra un maravilloso Memorial dirigido al Gobierno y Comandancia de Armas del Socorro, que a la letra dice:

"Fausta García, viuda de Antonio Monsalve, vecina de esta Villa y madre de Pedro y Nicolás, con todo respeto represento a V. S., que decidida con toda mi familia por la causa de la libertad, separé de mi regazo a mis referidos dos hijos Pedro y Nicolás Monsalve, haciendo lo mismo con mis entenados Juan José y Antonio Monsalve. Todos combatieron con el enemigo y principalmente Pedro por el Sur desde el año de 1812, cuyo valor



y servicios son demásiadamente notorios. Este con su hermano Juan José, murieron en un patíbulo en esta Villa. José Antonio en la plazuela de San Francisco de Bogotá, y Nicolás en Neiva. Bien informado el Excelentísimo Señor Libertador de esta verdad, y de que mis enunciados hijos eran los que me sostenían, me dió el Estanquillo de Barichara; pero como este beneficio va a cesar según la ley, voy yo también a volver a la miseria en que me dejó el enemigo opresor de todo bien.

Por el Documento número 1 que con la debida solemnidad presento en dos fojas se comprueba mi relato, como también que me hallo rodeada de familia, entre ella tres niñas, pero para que quede mi acción mejor documentada, se ha de servir V. S., como lo suplico, mandar que el Señor Secretario de Gobierno certifique cuanto le conste de lo que dejo expresado, sirviéndose igualmente V. S., por un efecto de bondad, elevarlo todo con un apoyo al Supremo Poder Ejecutivo, a fin de que me proporcione alguna pensión o destino con qué poder ocurrir a la subsistencia de mi familia.

Socorro, mayo 8 de 1822. **Fausta García**".

"Gobierno Comandancia de Armas.  
Socorro, mayo 9 de 1822. — 12

Como pide en cuanto a la certificación y devuélvase para que haga el uso que le corresponda. Mantilla. - Rangel, Secretario".

"En cumplimiento del superior Decreto que antecede, certifico que me es constante cuanto la señora Fausta García refiere en su representación que motiva este documento, que doy en el Socorro a 1º de junio de 1822. - Joaquín Rangel".

Y en la Gaceta de la Nueva Granada de 29 de junio de 1834 se encuentra la noticia de que el Congreso

de aquel año, al condonar a la señora Fausta García una suma que había quedado debiendo al fisco su difunto marido Antonio Monsalve, como fiador de un empleado de manejo, lo hizo con el considerando de que dicha señora "ha sufrido la pérdida de cuatro hijos que prestaron útiles servicios a la patria en la época pasada de la república, los cuales fueron sacrificados por el gobierno español".

Una mujer admirable, tanto o más que la nobilísima Cornelia de la Historia Romana, símbolo enhiesto de la tradición de patriotismo de las madres socorranas, ofrenda cuatro hijos suyos, cuatro hermanos mártires, caso único en los anales épicos de Colombia, un motivo más para que esta ciudad sea cuádruplemente heroica y procera. Fueron ellos: Juan José, el mayor, fusilado en la plaza del Socorro, junto con su hermano Pedro, y otros patriotas, el 3 de septiembre de 1816; Juan Antonio ajusticiado en Santafé el 25 de octubre del mismo año, y Nicolás, quien como dice el documento atrás citado, fue al patíbulo en la ciudad de Neiva en el mismo trágico calendario y después de la derrota de la Cuchilla del Tambo. Todos, por sus memorables servicios a la causa de la independencia desde sus tempranos años y por su muerte glorificadora, merecen un monumento como el que se erigió al tercero de ellos en la edad cronológica y par de sus hermanos en la creación de la patria libre. Ya habrá oportunidad, en otra ocasión propicia, porque el Socorro sí sabe honrar a sus héroes y por ello los ha tenido en maravillosa floración, de consagrar homenaje similar a los otros tres Monsalve quienes, anclados en nuestros corazones, quedan esperando el turno recordatorio.

Antonio Monsalve, hidalgo descendiente de los primeros pobladores de

esta ciudad, Capitán comunero, miembro del Supremo Comando de la Revolución, a la que prestó reconocidos servicios, y cuyo nombre revive bíblicas reminiscencias macabeas, casó dos veces: primero con doña María del Carmen Fernández, matrimonio del cual fueron hijos Juan José y Antonio, y después con doña Fausta García, de cuya unión tuvieron, junto con tres hijas, a Pedro y Nicolás. Fausta García, como se puede apreciar en el proceso de su hijo Juan José por ejecutorias en la conspiración de 1809 y en los sucesos de Casanare en el mismo año, auxilió y amparó en su casa a numerosos complotados contra el gobierno español.

Pedro Monsalve nació en 1790; probablemente hizo sus estudios iniciales en la que se llamó Escuela de Primeras Letras del Socorro, que fue almacigo de próceres y de hombres notables, y luego dedicóse a labores agrícolas en fundo de sus antepasados cercano a la ciudad de su nacimiento. La primera noticia que se conoce de sus servicios a la patria naciente data del año de 1809, y así la registré en mi libro sobre el Canónigo Rosillo, cuando aparece al lado de su hermano Juan José en andanzas de conspiración contra las autoridades españolas y en estrecha connivencia con los jóvenes que entonces realizaron la estupenda aventura del Portillo contra las tropas que el Virrey mandaba a Quito, y más tarde como eficaz auxiliador de la frustrada revolución de Casanare que dió a la patria sus protomártires, los estudiantes socorranos José María Rosillo y Vicente Cadena. Juan José fue puesto preso entonces y conducido a Santafé; lo salvó de la cárcel y del patíbulo el movimiento del 20 de julio, en tanto que Pedro, refugiado en su ciudad natal, prestó su decidido concurso para la realización de nuestro glorioso 10 de

# Cuéllar, Serrano, Gómez y Cía. Ltda.

arquitectos, ingenieros

bogotá — colombia

miembros:

s.c.a., s.c.i., andi y camacol.

CAMILO CUELLAR TAMAYO  
GABRIEL SERRANO CAMARGO  
JOSE GOMEZ PINZON  
GABRIEL LARGACHA MANRIQUE  
ERNESTO CUELLAR TAMAYO  
JORGE PINZON BARCO

CARRERA 10a. No. 16-39 PISO 15  
EDIFICIO SEGUROS BOLIVAR  
APARTADO AEREO 3527

julio de 1810, incorporándose desde aquella aurora en los batallones de la libertad. Al lado de Nariño asiste al combate de Ventaquemada y en 1812 figura entre los defensores de Bogotá cuando el asedio de Baraya.

La invasión de los Valles de Cúcuta defendidos entonces por el más tarde General Francisco de Paula Santander, no fue suficiente para impedir que la Provincia del Socorro auxiliase simultáneamente la expedición que con el General Nariño, a la cabeza, marchó de Santafé para el Sur del país (23 de septiembre de 1813), a contener la invasión que con el apoyo del Presidente de Quito preparaba don Juan Sámano contra el interior de la Nueva Granada. Fue en aquel tiempo cuando al ya Capitán Pedro Monsalve se le encomienda la misión más delicada en esa empresa: formar un batallón con sus paisanos, adiestrarlo y ponerlo al servicio de la nueva patria. Monsalve cumplió plenamente su cometido. A la vanguardia y bajo su comando inició la marcha el famoso Batallón Socorro, cuyas valerosas actuaciones lo inmortalizarían en las páginas de nuestra historia desde aquel día memorable hasta la toma del Cundurcunca en Ayacucho. Con Pedro Monsalve iban sus hermanos Juan José y Nicolás y su primo Félix, al paso que Juan Antonio partía con otros socorranos para el norte a defender denodadamente la frontera y más tarde a pelear como un bravo en la desastrosa acción de Cachirí. Todos cinco, llenos de honrosas cicatrices, ascendidos en sus grados militares en los propios campos de batalla, ascenderían también tres años luego al cadalso y a la inmortalidad.

Largo sería reseñar aquella dura campaña del General Antonio Nariño en la que la actuación memorable del Batallón Socorro quedó jalonada y engrandecida en la travesía del Páramo

de Guanacas, en la victoria del Alto Palacé y en la epopéyica Calibío cerca de Popayán. Después de larga demora en la capital del Cauca, el ejército continuó rumbo de Pasto mientras que las huestes españolas se hacían fuertes en el inexpugnable paso del río Juanambú. La jornada de Juanambú es acaso, por las grandes dificultades que ofreció a las fuerzas republicanas y por los sacrificios que tuvieron que hacer para vencer la tenaz resistencia realista, la más extraordinaria de las proezas cumplidas en aquellos tiempos. Nariño dispuso que el Comandante Monsalve con trescientos hombres del Batallón Socorro pasase el río desafiando la fusilería enemiga, coronase la altura siguiente y abriera paso a las fuerzas de retaguardia. El río creció aquella noche y tan sólo pudo Monsalve trepar la cuesta con cuarenta y cinco de sus soldados. Para esta última operación, como escribió el propio Secretario del General Nariño en aquella campaña: "debían trepar una altura muy pendiente, que sólo podía ejecutarse uno por uno y con mucha dificultad. De las bayonetas y de los fusiles se formó, para subir, una especie de escala; así coronaron la cima". Y Nariño, en su parte de victoria rubricó: "Se ha fijado hoy la bandera tricolor al otro lado del Juanambú, sobre las alturas de Boquerón y Buesaco". "Se perdieron en esta atrevida empresa treinta y siete hombres, muchos de ellos despenados y ahogados"; "y después de haber dado un grado bien merecido al Comandante Monsalve y al Subteniente Vanegas, decreté un premio de valor para éste y los soldados que salieron sin los cuarenta cartuchos que llevaban".

Luego vino el ataque sobre Pasto. Monsalve con su Batallón, como siempre a la vanguardia, hace prodigios de temerario valor. Pero todo no había

# *Tejidos* *Leticia Ltda.*

◇ PAÑOS

◇ MANTAS

◇ RUANAS

◇ PONCHOS

◇ HILAZAS

DE

LANA

MEDELLIN  
BOGOTA  
CALI

de ser carrera de triunfos. El 11 de mayo de 1814, preso el General Nariño, el resto de sus tropas emprendió la retirada. Es preciso regresar antes de que tanto esfuerzo quede totalmente perdido. Monsalve y sus hombres son los que entonces se enfrentan a las guerrillas realistas de la retaguardia. Repasada Popayán, el Comandante Monsalve con las reliquias de su batallón y de otros cuerpos, fue encargado de situarse en las alturas de Ovejas en observación mientras el coronel José María Cabal establecía su Cuartel General en Palmira. A fines de junio de 1814 emprendió el enemigo su marcha a Popayán. Monsalve que permanecía en Ovejas, no quiso abandonar el campo sin disputarlo con la bravura que lo caracterizaba. A pesar de su inferioridad pues no tenía sino 400 hombres resistió el combate a más de 2.000 enemigos, batiéndose en retirada en el mejor orden hasta cerca del pueblo de Quilichao, en donde recibió órdenes de replegar al río Palo, escarmentando a sus contendores, quienes lo dejaron de perseguir desde el sitio de Mondomo. Después vino la batalla del Palo en la cual, con su ya nombrado coraje intervino el Batallón Socorro, y por último, recibió orden de regresar a Santafé. "El Gobierno de las Provincias Unidas, dice el General José Hilario López en sus Memorias, extenuado por las disensiones civiles, y amenazado por formidables ejércitos españoles, que todos los días adquirían nuevas ventajas sobre las tropas independientes, ordenó que el Batallón Socorro, a las órdenes de su Comandante Monsalve, marchase en su auxilio a Santafé, con cuyo acontecimiento nuestras fuerzas, llamadas Ejército del Sur, quedaron reducidas como a 700 hombres, privándonos así del mejor cuerpo que teníamos entonces". En efecto, el Batallón Socorro, bastante merma-

do ya en sus efectivos humanos pero constante todavía de unos 300 hombres, regresó a marchas forzadas a Santafé y llegó allí a fines de marzo de 1816, en momentos en que en medio de gran confusión por la inminente entrada de las tropas de Morillo, el Presidente Fernández Madrid, los miembros del Congreso y los cuerpos de ejército escapados de la hecatombe de Cachirí, se ocupaban en discutir una última resistencia en la sabana de Bogotá o en retirarse por la vía del Sur o la de los Llanos orientales. El 3 de mayo de 1816, tres días antes de que las fuerzas de Morillo ocuparan la capital, partió el Presidente para el Sur junto con García Rovira, su guardia de honor, numerosos congresistas, y el Batallón Socorro bajo el comando de su prestigioso Jefe ya Coronel Pedro Monsalve. Acababan de llegar del Sur y nuevamente los socorranos tenían que regresar a los mismos lugares para decidir la postrera lucha. Salían del peligro de Morillo y Latorre para encontrarse pocas semanas después con el ejército de Sámano que en el territorio del Cauca ya estaba preparado para aguardarlos. El 29 de junio las fuerzas patriotas al mando de Liborio Mejía eran completamente derrotadas en la Cuchilla del Tambo, sepulcro de la primera república, en tanto que las del Batallón Socorro, a las que se les había ordenado quedasen unas cuantas leguas atrás, se acercaban a la población de La Plata donde las esperaba el ejército español comandado por el Coronel Carlos Tolrá. Eran poco menos de ciento cincuenta valientes al paso que las fuerzas de Tolrá se acercaban a los ochocientos hombres. Sabiendo Monsalve que Tolrá iba a atacarlos se situó sobre el río La Plata ocupando la cabeza de un puente de madera. A las once de la mañana del 10 de julio de 1816 se trabó el combate que duró

hasta cerca de la noche. A pesar de los prodigios de valor que todos hicieron, la suerte les fue adversa y el número considerable de las fuerzas enemigas terminó arrollándolos. Del parte de Tolrá a Morillo sobre aquella sangrienta batalla, leamos lo siguiente: "Excelentísimo Señor: Tengo la mayor satisfacción de decir a Vuestra Excelencia que en el día de ayer han sido arrollados por mi batallón los rebeldes que ocuparon esta ciudad copitaneados por el traidor Pedro Monsalve. El enemigo ha tenido muchos muertos, pues a pesar de haber tirado costinamente sus cadáveres al río durante la acción, he encontrado yo sesenta y tantos muertos en el campo, que también he mandado tirar (al río), habiendo caído en mi poder 56 prisioneros, una bandera, mucho armamento, municiones y efectos". Y por su parte Morillo comunica al Ministro de Guerra a España: "En La Plata se encontraban oportunamente seis compañías del segundo Batallón de Numancia, mandadas por su Comandante el bizarro don Carlos Tolrá; las opone este al paso del río, y sin ser visto se arroja sobre ellos a la bayoneta, haciendo una horrorosa carnicería, precipitándose al río los que querían evitar la muerte, dispersándose el resto que poco a poco fueron apasionados. Los miserables no podían escapar; la justicia divina los había abandonado al castigo; intentaron volverse en fuga por el páramo de Guanacas, pero un terremoto sobrevino y quedó cortada la ruta en más de media legua". "A las dos horas después de haber despachado Tolrá el parte, se le presentaron al cabo de Granaderos Fernando Barrera y cuatro soldados que mandó con un oficio el capitán que perseguía las reliquias del enemigo, conduciendo trece prisioneros, entre ellos don José Monsalve, hermano de Pedro el jefe de los rebeldes, en

cuya compañía iba cuando los encontraron con otros cuarenta, que huyeron tan precipitadamente que se tiraron al río a pesar de ir bien armados, y aunque los granaderos acudieron a sacarlos del agua, sólo pudieron hacerlo con los expresados, ahogándose los demás". He ahí, entre porfiadas hazañas, en medio del fragor convulso de la naturaleza que trepidaba no para castigar a los rebeldes sino para protestar contra quienes trataban de ahogar en ese río la libertad naciente, sin conseguirlo, el fin trágico y al mismo tiempo honroso del Batallón Socorro —Quijote indomable del ideal— en su primera salida por los románticos campos de la historia emancipadora. Y para confirmar una vez más que estos fracasos en la lucha por las grandes causas son siempre momentáneos, tres años después, el Batallón que no quería ni podía morir, resurgía para tomar la revancha definitiva en otro puente, el de Boyacá, y en otras jornadas como las de Junín y Ayacucho, donde aquella bandera que perdieron en La Plata, la recobrarían para alzarla invicta sobre las más altas cumbres de la plenitud continental. Era que con el legendario Batallón seguía marchando, siempre adelante, iluminando la ruta libertadora, el espíritu de su organizador, el Comandante Pedro Monsalve.

El General Pedro Alcántara Herrán, testigo actuario en aquellos sucesos, describió años después a su amigo don Pedro Fernández Madrid: "Por los prodigios que este admirable Cuerpo (el Batallón Socorro) hizo en la ciudad de La Plata, cuando ya estaba todo perdido, puede inferirse lo que habría hecho combatiendo junto con sus antiguos compañeros del ejército del Sur, con mayor esperanza de victoria. Dejó este Cuerpo a la Provincia donde fue creado y cuyo nombre lle-

vaba, la gloria de haber sido el último que combatió hasta perecer heroicamente en defensa de la República fundadora”.

Venero inagotable de hombres y de recursos para sostener la independencia fue la Provincia del Socorro durante estos años cruciales. Sus tropas se batieron gloriosamente en todos los campos de batalla. En Venezuela, Cartagena, Cúcuta, Santafé, Cachirí y Pasto, ya vencedores, ora derrotados, llevaron en alto la insignia de la patria con decisión y coraje ejemplares. Habían comenzado la lucha armada el 10 de julio de 1810 y por un azar del destino, harto significativo, la suspendieron temporalmente el 10 de julio de 1816, en el trágico pero inmortal puente de La Plata. Fueron los primeros en enarbolar los estandartes de la libertad y también los últimos en sucumbir heroicamente ante la cruel arremetida de las tropas de la reconquista.

Pedro Monsalve, allá en las sombras de la noche colonial soñó con una tierra nueva, amable, luminosa, para todos: igual y maternal para todos. Por ese sueño entonces lejano fue sin saberlo, instintivamente, como sus abuelos comuneros, a ofrendar su juventud, en el ara de un ideal que todavía, ciento cincuenta años después, sigue adquiriendo renovada vigencia.

Los prisioneros de La Plata y de de la Cuchilla del Tambo van ahora camino de Santafé. Amarrados con lazos, jadeantes, sudorosos, lacerados en sus cuerpos y en sus almas, en duras jornadas, llevan marcha isócrona interrumpida a veces por el látigo de los conductores. Nicolás, Juan José, Pedro Monsalve y su primo Félix, desandan trabajosamente la ruta que pocos días antes los colmara de esperanzas victoriosas. Nicolás, ya rendido por la fatiga y por sus heridas, no tiene fuerzas para continuar y es fusilado

al llegar a Neiva. Félix cae acribillado a balazos en Santafé, José Antonio entretanto purgaba cárcel dura como prisionero en Cachirí y sube al patíbulo en la plaza de San Francisco el 25 de octubre. Así se va marcando el itinerario doloroso. A Pedro y a Juan José no los demoran mucho en la capital del restablecido Virreinato, tienen que continuar el viacrucis torturante. Pasan por Chiquinquirá, por Puente Real, por Suaita, por Oiba, por Guapotá.... transitan una vez más, de regreso, la vía de los Comuneros, la de los vencidos de hoy y vencedores de mañana, la que tantas veces han transitado tantos en la historia de Colombia. Y Fausta García, la madre amantísima, viuda ya de Antonio Monsalve, y las tres hermanitas adolescentes, se enjugan las lágrimas para verlos entrar, lastimados, entre los gendarmes, por esas calles que otros patriotas, cargados de grillos, están empedrándolas con piedra y con almas, por orden del Gobernador español don Antonio Fominaya. Recordará ahora Juan José Monsalve lo que dijera seis años antes, cuando en su primera prisión dejó escrito en su indagatoria: “Me prendieron el día 25 del mes último a las cinco de la tarde en las juntas de los caminos de la Parroquia de Cincelada para Riachuelo, al dar vista a esta Villa pedí licencia para taparme la cara por la vergüenza de entrar a mi tierra con grillos, siendo de las familias principales, dí un gran suspiro y dije: ¡Ay Socorro! Hoy entro yo en el día de la Virgen de esta forma cuando pensé entrar de otra!”. Es que al Socorro, como lo creía ardorosamente el mancebo prócer, no se entra ni se podrá entrar nunca con grilletes, sino al contrario, con la cabeza erguida, con la frente limpia y límpida, con las manos libres, henchido el corazón con las auras magníficas de la dignidad y del

honor. Porque esta ciudad es un santuario, un relicario de la Patria. Si así lo sintieron aquellos que supieron morir por sostener y afianzar esos principios, sería melancólico que nosotros, los de hoy, que sabemos amarlos, no supiéramos ya no morir, sino vivir por ellos.

El Pacificador don Pablo Morillo, hizo a mi juicio la mejor biografía de Pedro Monsalve, cuando en su Relación de las principales cabezas de la rebelión en el Nuevo Reino de Granada, escribió lo siguiente: "Pedro Monsalve. Era Comandante del Batallón del Socorro: enemigo acérrimo de la causa del Soberano y bien conocido por sus crímenes, en cuyo sistema se mantuvo obstinado hasta los últimos momentos de la independencia, habiendo sido aprehendido en los bosques después de la última acción en La Plata que perdió. Pasado por las armas por la espalda en el Socorro y confiscados sus bienes". Mejor elogio no podía haber hecho del socorranos insurgente el propio jefe de la reconquista española.

El final de Pedro Monsalve, lo apuntó el Cura del Socorro con la siguiente partida que he tomado de los registros parroquiales:

"En la Villa del Socorro en 3 de septiembre de 1816, yo el Dr. Dn. Francisco García, como Cura de esta Villa mandé dar sepulturas eclesiásticas a los cadáveres de don José Antonio Ardila esposo de doña Rosa Montero, en el mismo día a don José Monsalve esposo de doña Camila Olea, en el mismo a don Pedro Monsalve, soltero, en el mismo día a don Miguel Angulo, soltero, natural de la ciudad de Vélez. En el mismo día a don Emigdio Troyano, casado. La muerte de estos ha sido a fusilados, de que certifico. Francisco García. Vicario".

El buen Cura del Socorro, en la anterior partida dió sepultura eclesiástica y sepultura histórica —el gran Rodó dijo que la historia es un cementerio glorioso— a unas cuantas personas que entonces significaban algo dentro del catálogo del vecindario y que hoy son, para nosotros, los penates y los inspiradores. Muertos en un solo día, caídos uno en pos del otro, como las gavillas al impulso del segador, cada plomo que perforaba un corazón, estaba gestando otros corazones para el porvenir.

Pedro Monsalve había nacido en el Socorro veintiseis años antes. Veintiseis años pletóricos de historia, de luz, de patria, de ideal, de ensueños, de libertad, de aventura, de todo lo que colma e inspira a una juventud. Dejaba ahora en la tierra que tanto amara, por cuya libertad luchó, a la que magnificó con su sacrificio, su cuerpo inerte tronchado por los disparos. Y también le dejaba algo más, su alma, sus ideales, sus principios, sus ensueños, radiantes y puros. Y con ellos la fe y la decisión en su impostergable defensa, su afirmación rubricada por el esfuerzo heroico y por el martirio que es la oblación suprema.

Estos sentimientos sublimes son los que un pueblo agradecido ha simbolizado en piedra y bronce de eternidad.

Queda así en el corazón de la ciudad comunera ese monumento consagratorio de Pedro Monsalve, para que los socorranos sigan el ejemplo de este hijo del pueblo y para que puedan revivir sus hazañas si algún día, ojalá esté lejano, se atentara contra sus principios de libertad, de justicia y de dignidad, que fueron la síntesis aleccionadora de Pedro Monsalve, el numen, el luchador, el soñador, y el Comandante insustituible del Batallón Socorro.